

JOHN RUSKIN

La reina del aire

*Un estudio sobre los mitos griegos
de la nube y la tormenta*

Edición y traducción de
ALBA ESTEVE y JAVIER ALCORIZA

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Introducción. <i>Ruskin filómitos</i> | 7 |
| Cronología | 21 |
| Nota sobre la edición | 25 |
| La reina del aire | |
| Prefacio | 29 |
| I. Atenea Chalinitis (Atenea en los cielos) | 33 |
| II. Atenea Keramitis (Atenea en la tierra) | 89 |
| III. Atenea Ergane (Atenea en el corazón) ... | 129 |

INTRODUCCIÓN

Ruskin filómitos

Aquel que no tiene explicación para algo y se asombra, se reconoce ignorante al hacerlo (de ahí que, en este sentido, también el amante del mito sea filósofo en cierta manera, puesto que el mito se compone de cosas asombrosas).

ARISTÓTELES

Tan solo un alma dulce y virtuosa
Como madera seca, nunca cede;
Pues aunque el mundo entero sea ceniza,
Siempre habrá de vivir.

GEORGE HERBERT

En la historia de la mente humana, estas fábulas brillantes y rojizas preceden a los pensamientos del mediodía del hombre, al igual que Aurora precede a los rayos del sol. El intelecto matutino del poeta, que se adelanta al resplandor de la filosofía, siempre mora en esta atmósfera auroral.

THOREAU

Es un hábito extraño de los hombres sabios hablar solo con enigmas, de modo que las verdades más elevadas y las leyes más útiles deban perseguirse a través de enteras galerías de sueños, que para el vulgo parecen solo sueños.

JOHN RUSKIN

La reina del aire es un libro de Atenas, o sobre Atenea, escrito para lectores de Jerusalén, como es evidente, entre otros lugares, en la sección final de «Atenea Chalinitis», donde John Ruskin entra a comparar las dos religiones. Aunque el libro oculta temas que no están presentes en su título, su composición obedece al propósito de repasar ante un auditorio, primero, y el público lector, después, los «mitos griegos de la nube y la tormenta».¹ Como decía el filósofo americano Henry David Thoreau, es bueno dedicar tiempo a revisar la mitología.² Tal vez las horas de la mañana sean las más

-
- 1 Un repaso de las variaciones literarias sobre el binomio de Atenas y Jerusalén, desde san Agustín hasta Lev Chestov, puede verse en los §§ 14-22 de J. ALCORIZA, *Educación la mirada. Lecciones sobre la historia del pensamiento*, Psylicom, Valencia, 2012. Para el estudio de *La reina del aire*, pueden verse capítulos específicos en R. HEWISON, *John Ruskin. The Argument of the Eye*, Princeton University Press, Princeton, 1976, y R. FITCH, *The Poison Sky: myth and Apocalypse in Ruskin*, Ohio University Press, Athens, 1982. En su reseña de *Modern Painters III*, George Eliot escribió: «El señor Ruskin tiene una voz, y con tal poder que cualesquiera que sean los errores que pueda mezclar con la verdad, hará más conversos a esa verdad que abogados menos errados que resulten roncos y débiles». La actividad de Ruskin como conferenciante comienza a finales de la década de 1860. Véase nuestra nota sobre la edición. Conferencias como «Tráfico» y «De los tesoros de los reyes» formarían parte de sus libros (*La corona de olivo silvestre* y *Sésamo y lirios*, respectivamente). En 1870 Ruskin fue el primero en ocupar la Cátedra Slade de Arte en Oxford. Poco después su carrera como escritor tomaría un nuevo giro con la publicación periódica de sus «cartas a los trabajadores y obreros de Gran Bretaña», *Fors Clavigera* (1871-1884).
- 2 H. D. THOREAU, *Walden*, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Cátedra, Madrid, 2005, p. 299: «Allí trabajábamos, revisando la mitología, dándole vueltas a una fábula y construyendo castillos en el aire para los que la

favorables para esa revisión. Atenea, la diosa más visible en la *Odissea*, es una deidad vigilante. Numerosos cantos homéricos, como es sabido, comienzan con la mención de la Aurora.³ Thoreau decía no haber conocido nunca a un hombre que estuviera por completo despierto, como si siempre hubiera cierta somnolencia en la mirada humana; podríamos decir que su filosofía, o la filosofía, en general, es una ocupación para la mañana, si pensamos en el atardecer como la tardanza o decadencia del día o de una época. Ruskin y Thoreau pueden considerarse dos distinguidos lectores de los mitos.⁴ La vitalidad del mito es suficiente garantía para sa-

tierra no ofrecía un fundamento digno». El plural de Thoreau incluye a Amos Bronson Alcott, una de sus visitas de invierno, «un verdadero amigo del hombre». Es una perspectiva que debe más, desde luego, a la filosofía que a la historia. Cf. con J. RUSKIN, *The Ethics of the Dust*, en *The Works of John Ruskin*, ed. de E. T. Cook y A. Wedderburn, George Allen, Londres, 1905, vol. XVIII, p. 348: «Porque la cuestión no es en absoluto lo que una figura mitológica significó en su origen, sino en qué se convirtió en cada desarrollo mental subsiguiente de la nación que heredó el pensamiento. En proporción exacta a la intuición mental y moral de una raza, sus figuras mitológicas significan más para ella, y se vuelven más reales».

- 3 Véase la «Nota sobre la *Odissea*», en J. ALCORIZA (ed.) *Estudios sobre novelistas clásicos*, Dykinson, Madrid, 2016.
- 4 Hay pasajes elocuentes de Thoreau sobre los mitos tanto en *Walden* como en *A Week on the Concord and Merrimack Rivers* (Una semana en los ríos Concord y Merrimack), un título que extrañamente desaparece en *Musketaquid*, trad. de M. Ros, Errata Naturae, Madrid, 2014. En la p. 149, Thoreau escribe: «Si dejamos que el tiempo entre en nuestros pensamientos, veremos que las mitologías, esos vestigios de antiguos poemas, ruinas de poemas, por así decirlo, la herencia del mundo, aún reflejan parte de su esplendor original, como los fragmentos de nubes tintados por los rayos del sol que ya ha partido. Llegarán hasta el último día de verano, vinculado esa hora con la mañana de la creación».

CRONOLOGÍA

- 1819 John Ruskin nace el 8 de febrero, hijo único de John James y Margaret Ruskin, en Londres. Se cría como protestante evangélico; visita a menudo a sus parientes en Escocia.
- 1823 La familia se muda a Herne Hill, en Camberwell; Ruskin recordará el jardín de la casa, hoy demolida. Es educado por su madre; en cierto momento de su infancia lee la Biblia con ella y muestra las primeras señales de una memoria excepcional.
- 1824 Viaja por Gran Bretaña con su padre, aficionado al arte, que se dedica al negocio del jerez; ve numerosos monumentos y edificios.
- 1830 Publica su primer poema («On Skiddaw and Derwent Water»). Recibe clases de griego y matemáticas, además de la instrucción paterna.
- 1832 Recibe como regalo de cumpleaños un ejemplar de *Italy*, de Rogers, con grabados de Turner.
- 1833 Realiza el primer viaje por el continente con su familia. Ve los Alpes. Conoce a Adèle Domecq, de la que se enamora.
- 1834 Asiste a las clases de la escuela evangélica de Thomas Dale. Publica su primer texto en prosa, «Enquiries on the Causes of the Colour of the Water of the Rhine».
- 1835 Ve Venecia por vez primera.
- 1836 Escribe una defensa de Turner, inédita hasta 1903.
- 1837 Entra en Christ Church, Oxford. Publica *The Poetry of Architecture*.
- 1839 Gana el premio Newdigate de poesía en Oxford por «Salsette and Elephanta» y conoce a Wordsworth. Compra *Richmornd, Surrey*, la primera obra de la que será su colección de Turner.
- 1840 Se embarca en una gira continental que pondrá los cimientos de *Modern Painters*.

NOTA SOBRE LA EDICIÓN

La reina del aire no había sido traducida hasta ahora al castellano. Sobre su edición original, debe verse lo que Ruskin dice en el «Prefacio». Aunque ya había hablado de ella como «unos penosos *memoranda* sobre el tema más noble», en una carta a Susan Beever, en marzo de 1874, afirmaría que se sentía reconfortado «¡por uno de mis propios libros! Es lo mejor que he escrito, el último por el que me he tomado tiernas molestias, y el primero que hice con pleno conocimiento de la aflicción»; y en otra carta: «Me agrada que haya leído *La reina del aire*. Por lo que sé de mí mismo o de mis libros, es la pieza más útil y cuidadosa que he hecho». Thomas Carlyle llegó a decir que algunos pasajes se le clavaban «como flechas en el corazón».

El texto de *La reina del aire*, parcialmente pronunciado, escrito y reeditado por su autor, incluye material de las siguientes fuentes: 1) los §§ 1-50 son una Conferencia impartida parcialmente en University College, Londres, el 9 de marzo de 1869, a la que se incorporó un pasaje, el § 42, de la conferencia Rede de Ruskin en Cambridge en 1867; 2) la segunda conferencia no fue pronunciada; 3) la tercera conferencia contiene estos §§ inéditos: 101, 106-127 (en parte), 132 (en parte), 134 (en parte), 143 (en parte) y 160; 4) los §§ 102-105 habían sido pronunciados como parte de la conferencia de Ruskin en la Royal Institution sobre «La llamativa arquitectura del Somme», el 29 de enero de 1869; 5) los §§ 127-133 (en parte) y 134 (en parte) habían aparecido en el panfleto

de Ruskin *Notas sobre los principios generales del empleo para los indigentes y criminales*, de 1868; 6) los §§ 135-159 son los artículos sobre la Modestia y la Libertad que habían aparecido en *The Cestus of Aglaia* (El cinto de Aglaia, 1865); y 7) los §§ 161-177 son la conferencia de Ruskin «El Hércules de Camarina», pronunciada en South Lambeth Art School, 15 de marzo de 1869.

La primera edición de *La reina del aire* es de 1869. Los párrafos fueron numerados consecutivamente en todo el volumen; fue la primera vez que Ruskin adoptó este plan para sus obras. Hubo dos ediciones más del mismo texto antes de la edición revisada para las *Complete Works*, de 1883.

Para la edición y traducción de este misceláneo texto hemos usado los volúmenes XVII y XIX de *The Complete Works of John Ruskin*, ed. de T. E. Cook y A. Wedderburn, George Allen, Londres, 1905. Hemos aprovechado el excelente trabajo de estos editores para nuestras notas, que van numeradas; las que además van con un asterisco son de Ruskin, con eventuales aclaraciones nuestras entre corchetes. Para las paráfrasis y citas bíblicas de Ruskin, seguimos la versión revisada de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera (*La Santa Biblia*, Sociedades Bíblicas Unidas, 2013).

Reproducimos las imágenes que acompañaban al texto en esta edición canónica de las *Works*. La única lámina no comentada por Ruskin es la primera (actualmente en la casa-museo Brantwood), que muestra la estatua de Atenea en Herculano. Probablemente fuera exhibida por un ayudante en su conferencia sobre Atenea. El uso de estas imágenes, así como del *Autorretrato* de Ruskin, ha sido posible gracias a la ayuda desinteresada de Stephen Wildman y a la amabilidad de Diane Tyler, director y conservadora, respectivamente, del Ruskin Library and Research Center de Lancaster University.

PREFACIO

Mis días y mi fuerza se han visto recientemente truncados, y nunca he sentido más la insuficiencia de ambos que mientras preparaba para la imprenta el poco metódico memorándum que ahora sigue. Lo dejo, sin embargo, como estaba, ya que ningún tiempo ni esfuerzo dedicado sería suficiente para complementarlo de forma que me resultara satisfactoria. Creo además que contiene sugerencias que podrían seguirse con seguridad por los que están comenzando a interesarse en los aspectos de la mitología, la cual ha sido desplazada del reino de las conjeturas al del examen racional solo gracias a las últimas investigaciones.¹ Poseo cierta ventaja, gracias a mi campo de trabajo, en la interpretación de los mitos relacionados con los fenómenos naturales, y he tenido siempre cerca de mí —desde que compartimos universidad— un guía fiel e infatigablemente atento en mi amigo Charles Newton, al cual le debemos haber encontrado más tesoros en las minas de mármol de los que podría comprar toda California. No debo, sin embargo, dejar abierta la posibilidad de que su nombre sea asociado con mis errores. La mayor parte de mi trabajo ha sido realizado obstinadamente a mi manera, por lo que no se le puede responsabilizar de ello, pese

1 Ruskin se refiere, en 1869, año de la publicación de *La reina del aire*, a una reciente escuela de mitología comparada basada en estudios filológicos.

a que a menudo me haya mantenido en el buen camino o, al menos, me haya ayudado a avanzar en la dirección correcta. En temas como estos nadie puede tener certeza absoluta; no pasa un día sin que convenzamos a algún honrado estudiante de la Antigüedad de un error parcial y le mostremos una manera de pensar mejor, hacia dónde mirar. Pero sabía que mi capacidad no tenía posibilidades de introducirse ventajosamente en los campos de la historia abiertos recientemente por las espléndidas investigaciones de los actuales filólogos, aunque pudiera llegar a entender, con atención y simpatía, aquí y allá, un verso de Homero o de Hesíodo, tal como lo hizo el sencillo pueblo para el que cantaron.

Mientras corrijo estas páginas para la imprenta, ha llegado a mis manos una conferencia del profesor Tyndall, que debería haber escuchado el pasado 16 de enero, lo que, por desgracia, me resultó imposible, y que, ahora me percató, completa en dos importantes detalles la evidencia de una verdad instintiva en el simbolismo antiguo. Muestra, primero, que la concepción griega de un elemento etéreo que se expande por el espacio está justificada por los más minuciosos razonamientos de los físicos modernos; y segundo, que el azul del cielo, que hasta ahora se creía causado por el vapor de agua, es, de hecho, un reflejo del propio aire dividido; de ahí que tanto el radiante azul de los ojos de Atenea como el intenso azul de su égida resulten precisas expresiones míticas de los fenómenos naturales cuya revelación es uno de los mayores triunfos de la ciencia actual. De hecho, sería complicado imaginar un triunfo más completo. Formar «dentro de una probeta un pedazo de cielo aún más perfecto que el cielo mismo», ¡he ahí la más excelsa magia!, singularmente contraria a la de los viejos tiempos, la cual solo hacía valer su competencia encerrando en botellas las fuerzas primarias que se daban, pero no las del cielo.

En agradecimiento al profesor Tyndall por la auténtica maravilla que es esta pieza de su trabajo, dejadme pedirle disculpas, así como a todos los maestros de la física, por cualesquiera palabras

I

ATENEA CHALINITIS^{1*} (Atenea en los cielos)

Conferencia sobre los mitos griegos de la tormenta, pronunciada (en parte) en University College, en Londres, el 9 de marzo de 1869.

1. No os pediré disculpas por procurar interesaros en el tema de la mitología griega, pero debo pedirlos permiso para abordarlo con un temperamento distinto a aquel con el que ha sido frecuentemente tratado. No podemos interpretar con justicia la religión de pueblo alguno a menos que estemos preparados para admitir que nosotros mismos, tanto como ellos, estamos sujetos a error en cuestiones de fe; y que las convicciones de otros, por singulares que sean, pueden en algunos puntos haber estado bien fundadas, mientras que las nuestras, por razonables que sean, pueden estar equivocadas en algunos aspectos. Debéis perdonarme, por tanto, por no llamar siempre y claramente a los credos del pasado «superstición» y a los del presente «religión»; así como por asumir que una fe ahora declarada puede ser en ocasiones superficial, y que una hace ya tiempo olvidada pudo una vez haber sido sincera. Es tarea del teólogo condenar los errores de la Antigüedad, y del

1* «Atenea domadora». El nombre le fue dado por haber ayudado a Belerofonte a embridar a Pegaso, la nube voladora. Cf. PAUSANIAS, *Corinto*, 4, y el sueño de Belerofonte en *Olimpicas*, XIII, 97, de Píndaro. [La referencia a Pausanias, *Descripción de Grecia*, II, IV, 1, fue añadida por Ruskin en 1883].

filólogo dar cuenta de ellos; solo os pediré que leáis, con paciencia y humana solidaridad, las ideas de hombres que vivieron sin culpa en una oscuridad que no podían disipar; y que recordéis que, cualquiera que sea la acusación de locura correspondiente a decir «no hay Dios», la locura es más orgullosa, profunda y menos disculpable por decir «no hay Dios salvo para mí».²

2. Un mito, en su definición más simple, es una historia a la que se atribuye un significado distinto del que parecía tener al principio, y el hecho de que tenga tal significado se advierte, en general, porque algunas de sus circunstancias son extraordinarias o, en el uso común de la palabra, poco naturales. Así, si os cuento que Hércules mató una serpiente marina en el lago de Lerna, y si con eso me refiero, y así lo entendéis, únicamente a ese hecho, la historia, sea verdadera o falsa, no es un mito. Pero si al contaros esto quiero decir que Hércules purificó el estancamiento de muchas corrientes de mortales miasmas, mi historia, aunque simple, es un verdadero mito. Como al dejar la historia así de simple probablemente no busquéis nada más allá, será prudente por mi parte sorprenderos añadiendo alguna circunstancia excepcional, como que la sierpe marina tenía varias cabezas, las cuales revivían en cuanto se les había dado muerte, y que envenenaban incluso el pie que las había pisado mientras dormían. Y, en proporción con la plenitud del significado deseado, es probable que multiplique y refine estas improbabilidades; si, en lugar de desear solo contaros que Hércules purificó una marisma, quisiera haceros comprender que luchaba con el veneno y vapor de la envidia y vil ambición, tanto en el alma de otros hombres como en la suya propia, y que ahogó *esa* malaria solo con un esfuerzo supremo, podría contaros que esta serpiente fue modelada por la diosa cuyo orgullo era una

2 Salmos 53:1.

de las pruebas de Hércules; y que habitaba en una palmera;^{3*} y que por cada cabeza suya que era cortada, dos se alzaban con renovada vida; y que el héroe encontró al fin que no podía matar de ninguna manera la criatura cortándole las cabezas o aplastándolas, sino únicamente quemándolas, y que la de en medio no podía ser eliminada ni siquiera de esa manera, sino que debía ser enterrada viva. Ahora bien, en la medida en que quiera dar a entender más, mi exposición parecerá seguramente más absurda y, al final, cuando me haya vuelto insoportablemente elocuente, toda persona práctica estará de acuerdo en que estaba profiriendo meros absurdos desde el comienzo, y que nunca quise decir nada en absoluto.

3. Sin embargo, es posible también que el narrador quisiera decir solo lo que dijo desde el principio, y que, por increíbles que puedan parecer los acontecimientos, él mismo creyera literalmente —y también esperaba que creyeráis— todo esto sobre Hércules, sin ninguna moraleja o historia latente. Y es muy necesario, al leer tradiciones de este tipo, determinar, lo primero de todo, si estáis escuchando a una sola persona, que está relatando lo que, en todo caso, cree que es verdadero (y, por tanto, puede haber sido así hasta cierto punto), o a un reservado filósofo que está velando una teoría del universo bajo lo grotesco de un cuento de hadas. Por lo general, lo más probable es que la primera suposición sea la correcta: las personas sencillas y crédulas son, quizá por fortuna, más comunes que los filósofos; y es de suma importancia que toméis su testimonio inocente como quisieron darlo, y no borrar, bajo la digna explicación que vuestro ingenio cultivado pueda sugeriros, la prueba que su historia pueda contener (por lo que valga) del acontecimiento extraordinario que realmente ocurrió,

3* Un plátano, según Pausanias, vol. I, 371, que menciona a Pisandro de Camiro como autor de la leyenda. [Nota de 1883. La referencia exacta es *Descripción de Grecia*, II, xxxvii, 4].

II

ATENEA KERAMITIS^{1*}

(Atenea en la tierra)

Estudio, complementario de la conferencia anterior,
sobre las relaciones de Atenea, supuestas y reales,
con la fuerza vital en los organismos materiales.

51. Ha sido fácil descifrar aproximadamente la concepción griega del poder físico de Atenea en las nubes y en el cielo, porque sabemos lo que son las nubes y los cielos, y cuál es la fuerza del viento al formarlos. Pero no es fácil en absoluto trazar los pensamientos de los griegos sobre el poder de Atenea al otorgar vida, porque no sabemos claramente qué es la vida, o de qué manera el aire es necesario para ella, o qué hay, además del aire, que moldee las formas en las que se inserta. Y, en comparación, tiene poca importancia averiguar en qué pensaban o a qué se referían los griegos, hasta que no hayamos determinado qué pensamos nosotros, o a qué nos referimos, cuando traducimos la palabra griega «aliento» por la palabra latino-inglesa «espíritu».

52. Pero es muy importante que fijéis en vuestra mente —y que retengáis, por una parte, contra la mezquindad del mero materialismo y, por otra, contra las falacias de la especulación controvertida— el sentido cierto y práctico de este término, «espíritu»; el

1* «Atenea para la cerámica». Acuño la expresión como equivalente de γή παρθένια, conservada en arcilla.

sentido en el que todos vosotros podéis saber que su realidad existe, como el poder que os moldeó en vuestra forma, y por el cual amáis, y odiáis, cuando habéis recibido esa forma. No necesitáis temer, por una parte, que tanto el poder escultor o el poder amante puedan ser alguna vez rebajados por los filósofos a un metal, o convertidos por ellos en un gas; pero, por otra parte, cuidaos vosotros mismos, al intentar elevar vuestra concepción al respecto, de no perder su verdad en un sueño o incluso en una palabra. Tened siempre cuidado con competir por las palabras: encontraréis que no son fáciles de asir, si las conocéis en varios idiomas. Esta misma palabra, que es tan solemne en vuestras bocas, es una de las más dudosas. En latín significa poco más que aliento, y puede significar meramente acento; en francés no es aliento, sino ingenio, y nuestros vecinos están obligados, por tanto, incluso en sus más solemnes expresiones, a decir «ingenio» cuando nosotros decimos «espectro». En griego, «pneuma», el término que nosotros traducimos como «espectro», significa tanto viento como aliento, y el término emparentado «psyche» quizá tenga un poder más sutil; sin embargo, las palabras de san Pablo «cuerpo neumático» y «cuerpo físico»² suponen una diferencia en su mente que las palabras no explicarán. Pero en griego y en inglés, y en sajón y en hebreo, y en cada lengua articulada de la humanidad, el «espíritu del hombre» significa realmente su pasión y virtud, y es majestuoso de acuerdo con la altura de su concepción, y estable de acuerdo con la medida de su resistencia.

53. Resistencia o paciencia, ese es el signo central del espíritu: una constancia contra el frío y la agonía de la muerte; y como, físicamente, el calor de la carne se mantiene mediante el ardiente poder del aire, así esta Atenea, espiritualmente, es la reina de toda

2 1 Corintios 15:44: «Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual».

III

ATENEA ĒRGANE^{1*}

(Atenea en el corazón)

Varias notas relativas a la concepción de Atenea como directora de la imaginación y la voluntad.

101. Ahora solo tengo unas pocas palabras que decir, y tienen que ver con lo que me parece una necesidad presente respecto a la tercera función de Atenea, concebida como la directora de la pasión, el propósito y el trabajo humano.

Pocas palabras, ya que aún no estoy preparado para hacer una distinción precisa entre el gobierno intelectual de Atenea y el de las Musas; en líneas generales, las Musas, con su rey, presiden las artes contemplativas históricas y poéticas, cuyo fin es el descubrimiento de la luz o verdad, y la creación de la belleza, pero Atenea gobierna sobre la pasión moral y el arte útil en sentido práctico. No hace a los hombres doctos, sino prudentes y perspicaces: no los enseña a hacer bello su trabajo, sino a hacerlo bien.

En diferentes lugares de mis escritos, y a lo largo de muchos años de esfuerzo para definir las leyes del arte, he insistido en

1* «Atenea trabajadora, o que gobierna sobre el trabajo». Los atenienses le dieron por primera vez este nombre. [Pausanias, *Descripción de Grecia*, I, xxiv, 3].

esta rectitud en el trabajo, y en su relación con la virtud del carácter, de manera tan parcial que la impresión sobre la mente del lector —si, de hecho, ha quedado impresionada en absoluto— ha sido confusa e incierta. Al comenzar la serie de mis obras corregidas,² deseo que este principio (que en mi propia mente es el fundamento de los demás) quede claro, si nada más lo está; e intentaré, por tanto, hacerlo así, en la medida en que, mediante todo esfuerzo posible, pueda expresarlo con palabras inequívocas. En primer lugar, he aquí una declaración muy sencilla al respecto, hecha recientemente en una conferencia sobre la arquitectura del Valle del Somme, que será mejor leer en este lugar que en su relación incidental con mi explicación de los pórticos de Abbeville.³

102. He utilizado, en una parte anterior de la conferencia, la expresión de «qué defectos» hicieron caer a esta arquitectura gótica. Hablamos constantemente de las obras de arte de esta manera. Hablamos de sus defectos y méritos, como de virtudes y vicios. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de los defectos de un dibujo o de los méritos de un trozo de piedra?

Los defectos de una obra de arte son los fallos de su obrero, y lo mismo puede decirse de sus virtudes.

El gran arte es la expresión de la mente de un gran hombre y el arte malo, la expresión del deseo de la mente de un hombre débil. Un hombre insensato construye de manera insensata y uno sabio, de manera sensata; el virtuoso, con belleza, y el mezquino,

2 *La reina del aire* iba a ser el primer volumen de una nueva edición de las obras de Ruskin. Su nombramiento poco después para ocupar la cátedra Slade en Oxford interfirió con el plan, reanudado en 1871 y encabezado entonces por *Sésamo y lirios*. *La reina del aire* sería el volumen IX.

3 Ruskin se refiere a un pasaje de la conferencia «The Flamboyant Architecture of the Valley of the Somme» (La llamativa arquitectura del Valle del Somme, 1869), que aquí comprende los §§ 102-105.